

sino; pero yo nunca he usado semejantes armas.

—Muy bien—dijo el comisario.—Todo eso se esclarecerá mañana.

Llevaron á Rambert á otra habitación, le filiaron y procedieron á registrarle. Cuando encontraron oro en sus bolsillos, exclamó admirado:

—¡Oro! ¡oro en mi poder!

Había olvidado que tenía tal cantidad.

El comisario, á quien avisaron aquel descubrimiento, fué á donde estaba el preso y le dijo:

—Se han encontrado en vuestro poder trescientos sesenta francos. ¿Queréis decirme dónde los habéis encontrado ó los habéis ganado?

Noel contó entonces, como quien cuenta un sueño la aventura de los Campos Elíseos.

—¡Verdaderamente que estoy tonto!—decía el pobre hombre.—¡No haberos contado ese incidente, cuando ha sido la única causa de mi venida á Beaujon! ¡Ah! ¡Si supierais lo trastornada que tengo la cabeza! Hubiera debido referiros eso ante todo.

—Ciertamente, dijo el comisario con irónica sonrisa, y se volvió á su despacho.

Desde allí condujeron á Noel á la cárcel y le encerraron en un calabozo. Un soldado de los de cuerpo de guardia, al verle pálido como un muer-

to, demacrado y famélico, se compadeció de él y le dió un pedazo de pan y un vaso de agua.

—¡Después de todo—se dijo Noel—yo no puedo más! ¡Necesito reposo, y lo mismo me da tenerlo en un sitio que en otro!

Efectivamente, el infeliz estaba destrozado, molido, muerto de hambre y de cansancio; así es que, sin darse apenas cuenta de lo ocurrido, de la terrible acusación que pesaba sobre él, con la cabeza enteramente atontada, se dejó caer en un rincón, presa de ese sueño pesado, irresistible, del soldado después de un día entero de batalla.

No fué más clemente con él el sueño que lo había sido la jornada, pues pasó el resto de la noche víctima de horrible pesadilla, en la que creía asistir á la agonía de su hijo, víctima del croup.

III.

Daniel Mortal.

El hombre á quien Noel había visto coger el cuchillo y herir á su víctima, el que había huído disparando sobre él, se llamaba Daniel Mortal. No se ha olvidado aún ese apellido en uno de los departamentos próximos á la frontera española. Aquellos habitantes de los Pirineos tuvieron allí

de autoridad á Mr. Mortal, y dejó entre ellos recuerdos terribles é inolvidables.

Era Daniel Mortal uno de esos impacientes, perpetuos perseguidores de aventuras, á quienes el deseo del lujo, el escepticismo, la falta de fe, la ironía habitual y el culto al éxito de los golpes de mano y de fuerza habían llevado al poder por una serie de azares que parecían producidos á propósito para quebrantar la conciencia humana.

Su destino había sido muy agitado, mezcla de sol y de lluvia, como los días indecisos. Antes de conquistar un puesto en el nido de las aves de presa había arrastrado penosamente una existencia sembrada de audacias. Hijo de un armador de Marsella, criado á dos pasos del mar, entre marineros, viajeros y capitanes de buque, que hablaba sin cesar de países y cosas fantásticas, el niño había crecido con ardiente sed de lo desconocido de lo imprevisible.

Huérfano muy joven aún, se encontró con una hermosa fortuna que se deslizaba rápidamente de sus manos, porque la prodigaba en disputar á los millonarios traficantes griegos las cantantes del Gran Teatro y en hacer apuestas ruidosas de habilidad, de audacia y de locura con los más afortunados, los más diestros y los más locos.

La naturaleza parecía haberle tallado en piedra. Era alto, insolentemente hermoso, con ojos dulces y á la par enérgicos como los de los árabes, sedosa barba negra, elegante, de finos modales y de terrible fuerza muscular.

Había nacido para pensar y para poner en práctica. Organizaciones como la suya, consagradas al bien, mejorarían el mundo; arrastradas por sus apetitos, le trastornan más de lo que está. Tenía la intuición de las cosas. Había leído mucho, ó por mejor decir, había devorado rápidamente libros y libros, sin poder apenas darse cuenta de su contenido. Pero su rara inteligencia le proporcionaba recursos para todo. Prefería la gimnasia de los músculos á la del cerebro. Montaba magistralmente á caballo, y tenía verdadero goce en lanzarse á alta mar en un sencillo barquichuelo.

Era prodigiosa su habilidad en el manejo de la espada. Atraído desde muy joven por el solo culto de la fuerza, había procurado, según su propia expresión, hacerse con todos los triunfos en este juego de cartas y de azar que se llama la vida. Aquella existencia alocada le proporcionaba cada año más de una aventura, pero salía victorioso de todas ellas. Ya había herido gravemente en duelo á tres adversarios, y porque en el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"REFUNDO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

en broma «vuestra espada pincha, pero no mata», hirió mortalmente á su contrincante con la mayor tranquilidad en la primera ocasión que se le presentó.

Había sido aquél un armador griego llamado Epaminondas, que se había permitido enviar un ramo á la querida de Daniel. Varios amigos y compatriotas de Epaminondas se inscribieron para vengarle; Mortal aceptó todos los desafíos, más seguro de su habilidad en la esgrima que de su valor. En Marsella se llamó á aquella serie de duelos *la guerra del Peloponeso*. Pero entonces fueron vencidos los griegos.

Convertido por este y otros hechos en una especie de héroe de la juventud de Marsella, caminaba á su ruina por una senda de éxitos ruidosos, pagados con largueza. Acababa de notificarle su administrador que estaba totalmente arruinado, cuando recibió al entrar en su casa una puñalada de mano de un pobre diablo italiano, á cuya hija había seducido.

Mortal creyó morir de aquella herida. La convalecencia fué muy larga, y el herido se enfurecía y revolvía contra los reveses de la suerte.

Tenía entonces veinticuatro años, y su sed de placeres se había duplicado con tales principios.

Le parecía que el mundo se había hecho para él, que estaba compuesto de hombres débiles y dispuestos á ceder el paso al más audaz, y le disgustaba grandemente tener que abandonar un terreno tan bien preparado para sus planes.

Por fin curó, y pronto se le vió de nuevo en todas partes con su aire resuelto y su ironía constante.

Mientras había tenido que permanecer en cama y reflexionar á pesar suyo, había sentido piedad por el país en que vivía y por la época que atravesaba. Su ambición le impulsaba á los negocios públicos, á la carrera política, no por afección á la patria, sino porque para ciertos seres el mejor medio de llevar bien sus negocios es ocuparse, al parecer, de los negocios del país. Con las relaciones que él tenía, y con esa multitud de amigos, deudores unos y acreedores otros, que da una fortuna derrochada, Daniel podía entrar con seguro paso, y sin hacer antesalas, en la diplomacia, la política ó la administración; pero todo le parecía estrecho y mezquino bajo aquella monarquía de Luis Felipe. Nada proporcionado á su ambición y á lo alto que tendía sus vuelos podía esperar de tal régimen. Le quedaba el recurso de la oposición. Mortal trataba y tenía por amigos á muchos

republicanos que no hubieran desdeñado un recluta tan útil para un partido de acción. Pero Daniel experimentó bien pronto cierta repugnancia á combatir al lado de los que él llamaba soñadores y perturbadores de ideas, y decidió marcharse lejos, muy lejos, á buscar en un teatro más vasto un trampolín más seguro.

Partió, pues, para América á buscar fortuna, y en ocho años de choques y de cambios que hubieran acabado con otro que no fuera él, endureció aun más su naturaleza áspera, violenta é implacable.

Las noticias biográficas de Mortal en aquel país se mezclan frecuentemente con la leyenda. Ésta presenta á Daniel como cantante en Filadelfia, maestro de armas en Nueva-York, capitán de bandidos en Río Grande; como miserable aquí, gran señor allá; como vencido unas veces y triunfante otras; como minero en California y como director de un periódico en Boston; siempre como alegre y seductor, paseando á través de aquel formidable movimiento americano, lleno de fe política casi religiosa, su escepticismo incomparable, su ironía de hijo del siglo diez y nueve, é imponiéndose siempre por sus puños á aquel pueblo, al que nada admira y que marcha siempre á todo vapor.

Daniel Mortal estaba ya harto de aquella vida á treinta y seis atmósferas. Varias veces, después de haber devorado su último dollar, sintió impulsos de levantarse la tapa de los sesos para no tener que ganar otros. Había creado y gastado, casi honradamente, diez fortunas en ocho años, y le costaba trabajo hacer la undécima. Cansado ya de fatigas, iba á casarse con una mejicana rica y hermosa, y á dedicarse decididamente á la agricultura, cuando llegó á sus oídos la noticia de la revolución de 1848. Este acontecimiento despertó de repente todas sus ambiciones, y se decidió á partir de nuevo para Francia. Pero la mejicana le amaba, y Mortal la probó, antes de embarcarse, que no había puesto su cariño en un ingrato: se lo probó haciéndola su manceba. La pobre mujer, al verse abandonada á los pocos días, asustada y llena de vergüenza por haberse convertido en la querida de un miserable, se ahorcó con sus propios cabellos, que eran por cierto muy hermosos. Mortal ignoró durante mucho tiempo aquel desenlace, al que luego llamaba negligentemente *un detalle*.

En Francia se lanzó con ardor fogoso en el nuevo movimiento. Hizo cuanto le exigieron, y no hubo cosa á que no le hallaran dispuesto, con tal de subir un escalón. Sirvió á los partidos extre-

mos para hacerles luego traición y convertirse en *hombre de orden*. Luego hizo propaganda reaccionaria. Era hombre creado para combatir como aventurero y para presentarse tan cumplido y diplomático como un gran señor. Su ardiente sed de goces, su voracidad de placer, y el desprecio con que miraba la bajeza y debilidad de los demás, le hicieron el genio de la especulación, de la fiebre de oro y de las jugadas de Bolsa en los momentos más ventajosos para todos estos azares.

Hubiera conseguido sin dificultad cualquiera de esos fragmentos del poder oficial, que hubiera satisfecho á otro de una pasta menos *fina*; pero no se sentía inclinado á los bailes de prefectura ni al aprisionamiento de su cuerpo en el frac de ordenanza. Quería más. Quería el poder absoluto del dinero, que da un golpe de mano ó una espléndida jugada de Bolsa.

Se encontraba, volviendo de Niza, en la capital de un departamento del que era prefecto un amigo y compañero de su juventud, hombre de hábitos análogos á los suyos, cuando la nueva del golpe de Estado de Diciembre se irradió telegráficamente por todo el país. Aquella sí que era la ocasión esperada, la gran puerta abierta para los que supieran conservar su sangre fría en medio

del estupor general. En tanto que los tibios dudaban, los audaces se arrojarían en cuerpo y alma al golpe de mano. Daniel no dudó un minuto, á pesar de que supo el acontecimiento en unas circunstancias que hubieran podido sustraer mucha perspicacia á su imaginación.

La víspera, en una partida entablada contra uno de los elegantes de aquella villa, Mortal había perdido, jugando de boca, una suma considerable que no poseía, ni debía esperar poseer nunca. Se había dejado arrastrar y enloquecer por el juego. Haciendo cada vez mayores las jugadas, con la esperanza de desquitarse por un golpe de audacia, le había sorprendido el nuevo día jugando y perdiendo sin cesar.

Su contrincante, Mr. Lavardac, le había ofrecido veinte veces dejar la partida; pero Mortal estaba poseído del frenesí del juego. Se inclinaba sobre las cartas, las barajaba febrilmente, reía nerviosamente al ver su continuada mala suerte y repetía con encarnizamiento:

— ¡La revancha, la revancha!

Todos los circunstantes formaron círculo alrededor de los jugadores, diciendo que sólo un hombre como Daniel podía tener tanta audacia.

— Dejémoslo ya — repetía su adversario.

— No, no — respondía Daniel; — la revancha, la revancha.

A las ocho de la mañana debía doscientos mil francos. Los espectadores habían sido todos de parecer de que debía dejarse al llegar á esa cifra redonda.

Mortal reía con risa nerviosa.

— ¡Cifra redonda! — pensaba él. — ¡Y bonita cifra! ¡Doscientos mil francos!..... ¡Y no tengo ni siquiera cinco céntimos!

Cuando volvió á su hotel, encomendándose á su aventurera estrella, le entregaron una carta del prefecto. El amigo convertido en autoridad, é indeciso en vista de las circunstancias, rogaba á su amigo Daniel Mortal, hombre de energía y buen consejero, que fuese lo antes posible á la Prefectura. Mortal, congestionado, aturdido, con los ojos ensangrentados por aquella noche de excitación y de insomnio, se bañó la cabeza en agua fría, y acabada su ablución salió dispuesto, contento, casi reposado, y se dirigió á la Prefectura.

El prefecto, algo enfermo, estaba en cama, incorporado y leyendo telegramas. Su sombrío rostro se iluminó al ver á Mortal.

— Negocios graves, amigo mío — le dijo. — Díme qué debo hacer. He aquí lo que ocurre. La

Asamblea ha sido disuelta, se ha dado el golpe de Estado. En las calles de París se ha entablado ya la lucha, y aquí se entablará sin duda. ¿Qué partido tomar? ¡A fe mía que no lo sé. ¡Soy bien dichoso en tenerte aquí! ¿Debo protestar contra el movimiento, ó debo seguirle?

Antes de que el prefecto hubiera acabado de hablar, ya tenía Mortal su plan formado. En un abrir y cerrar de ojos se había dado cuenta de todo. Se encontraba de nuevo, y con inmensa alegría, en su elemento de luchas y aventuras.

— Ya comprendes que se trata de salvar el orden, la propiedad, la familia.....

Mortal hacía con la cabeza signos de aprobación con irónica sonrisa.

— Bueno — dijo. — ¿Se trata de salvar todo eso, y todavía dudas? Lo que ocurre es que la fortuna te se viene á las manos. El país dejará hacer. Empieza un régimen nuevo que durará lo que dure, pero de seguro lo bastante para que tú y muchos otros se hagan ricos. Permíteme que lo dirija todo. Ese es mi elemento. No te daré malos consejos.

Volvió á su casa sintiendo en su interior una sensación especial de impaciencia y de gozo. Adivinaba que habiendo terminado el primer período

tumultuoso de su vida, iba á empezar el segundo. Había trabajado bastante é inútilmente en muchas cosas, había arado el surco, había arrastrado la carreta, y entonces iba á recoger el fruto. Se presentaba para él una existencia nueva. «En este gran picadillo yo también he de tener mi parte», se decía.

A la puerta del hotel le esperaba un lacayo con la librea de Mr. Laverdac.

—¿Qué me quiere Mr. Laverdac?—preguntó Mortal.

El lacayo le entregó una carta; Mortal la leyó. Mr. Laverdac ofrecía á su desgraciado contrincante todo el tiempo que creyese necesario para pagar su deuda. No consideraba el resultado de aquella exaltada partida como una deuda de juego de las que deben pagarse á las veinticuatro horas, sino como la pérdida de una apuesta ligeramente desventajosa, y ofrecía á Mortal toda la latitud posible para el pago ó una revancha para que se desquitase, si era más de su agrado.

—¡Una revancha! Aquella caballeresca manera de portarse humilló á Daniel en lugar de conmovertle. Donde otro no hubiese visto más que la generosidad de un caballero, él creyó ver la conmiseración de un adversario. Tomó la pluma, y

sin pensar, maquinalmente, con especie de fiebre, contestó á Mr. Laverdac.

Era cierto, le decía, que no tenía prontos en aquel momento los doscientos mil francos; necesitaría (no le daba vergüenza el confesarlo) algunos días para reunirlos; pero una deuda de juego era una deuda de honor, y Mr. Laverdac sería pagado íntegramente y pronto. No pedía un crédito; sólo esperaba algunos días de tregua.

Devolvió por sí mismo esta contestación al lacayo. Luego se olvidó de todo al volver á tomar el camino de la Prefectura. Su amigo le esperaba impaciente. Puso manos á la obra. Se trataba, de acuerdo con las autoridades militares, de tener á raya á aquella población, bastante exaltada.

Ningún departamento sufrió tan rudas pruebas en aquella época, como aquel á que el azar había conducido por unos días á Daniel Mortal. El aventurero gozó mucho con el drama que ante él se desarrollaba: una comarca en armas, arruinada bien pronto, familias en la miseria y hogares vacíos. Los que se sublevaban eran acuchillados por columnas volantes. Los demás, asustados, temblaban, y algunos, al contemplar aquel espectáculo, cerraban los puños y lloraban de rabia. Daniel Mortal, que seguía á caballo la marcha de las ope-

raciones al lado de las autoridades, daba sus consejos como hombre habituado á las grandes cacerías y á las guerrillas americanas. Después de la batalla vino la proscripción. Los sospechosos fueron enviados á la Guyane ó á los presidios de África. Faltó más de un hijo y más de un padre á la mesa de la familia. Se conducía á los prisioneros en bandadas, formando rebaños, con esposas en las manos como criminales, ó encadenados.

El país, aniquilado, dejaba hacer.

Produjo gran admiración en el departamento el saber que en la lista de proscritos se hallaba Mr. Laverdac. Cierto era que sus opiniones podrían haberle designado á los promovedores del destierro, y también que era lo bastante enérgico y honrado para tomar parte en la resistencia; pero, hasta entonces al menos, no había motivo alguno para colocarle entre los hombres de acción. Su liberalismo era, en resumen, enteramente filosófico; el único puesto oficial que había aceptado era el de alcalde en 1848, y aun éste había procurado dejarlo bien pronto. Solía decir alegremente:

—Es un oficio demasiado penoso. Celebrar tantos matrimonios es dar la señal de infinidad de desgracias y aun hacerse algo cómplice..... Nada, nada, renunció.

Muy elegante é independiente por naturaleza, Mr. Laverdac prefería su vida de libertad absoluta, ó mejor de libertino amable, á la vida pública. Dejaba correr las cosas, hablaba, jugaba, cenaba en el círculo, y á pesar de toda su apariencia de libertinaje, aseguraba querer mucho á sus hijos, á los que no veía nunca, y á su mujer, á la que encontraba encantadora, por más que la hiciese, sin saberlo, muy desgraciada, y se comiese sin remordimiento su dote.

Y sin embargo, Laverdac no era ya rico. Sus propiedades, gravadas con multitud de hipotecas, sólo en apariencia le pertenecían. En realidad estaba arruinado; pero pasa con algunas fortunas lo que con las casas, que se mantienen con apariencias de la mayor solidez hasta el día en que se hunden de repente. Laverdac no quería prever aquel día. Continuaba jugando fuerte y dándose buena vida. Su último éxito había sido aquella partida con Mortal, en que Laverdac se hacía perdonar su insolente suerte tratando con galantería á su adversario.

En toda aquella existencia licenciosa no había, sin embargo, nada que pudiera dar motivo á una acusación política, y lo que menos esperaba Laverdac era ser arrestado á causa de sus opiniones.

Cierto era que había expresado desde los primeros instantes su antipatía al golpe de Estado; pero muchos otros habían hecho lo mismo, y nadie había pensado en molestarlos. Nadie se atrevió, sin embargo, á protestar contra el acto que arrancaba á Laverdac de su hogar y le encerraba con otros muchos en las cárceles de la villa.

Madame Laverdac fué inmediatamente á la Prefectura, pero no la recibieron. Volvió, é insistió en que no se marcharía hasta que la entregasen á su inocente marido, pero la rechazaron de nuevo. Entonces, sola con su hijo de trece años, que no lloraba, pero comprendía y cerraba los puños, permaneció absorta, con los ojos fijos en aquel asiento vacío que el ausente solía ocupar en la mesa de familia, esperando que la omnipotente voluntad de los nuevos amos quisiera devolvérselo.

Una noche llamaron violentamente á la puerta, y ella sintió una corazonada que la hizo exclamar:
«¡Es él!»

Era ya tarde, y no debía creerse que fuera nadie más que él, que volvía libre.

La criada, que fué á abrir la puerta, volvió asustada diciendo:

—¡Señora, son los gendarmes!

—¿Vienen á prenderme á mí también?

El niño respondió:

—No temas nada, madre mía.

Iban tan sólo á registrar é interrogar, á vaciar todos los cajones de la casa. Lo rebuscaron todo, llevándose los papeles, como si Laverdac hubiera conspirado y esperasen encontrar en sus cartas graves secretos. Con los gendarmes iba un hombre que á medida que revolvían los papelotes decía con cólera:

—No es eso, no es eso.

Madame Laverdac no le conocía. No era del país. Ella nunca le había visto.

Aquel hombre era Daniel Mortal, que se retiró desconcertado y lleno de despecho como el cazador que sigue un ojeo sin lograr veruna pieza.

Cuando se marcharon, el hijo de Laverdac se acercó á su madre, y sacando de su chaquetilla una cartera, le dijo:

—Mira, mamá. Esto sería probablemente lo que buscaban.

Madame Laverdac reconoció la cartera encarnada de piel de Rusia que su marido solía llevar consigo.

—La dejaron caer al levantar unos papeles, y entonces yo me incliné y la recogí. Estaba á los piés de ese hombre que tiene tan mal aspecto, y sin embargo, no la había visto.

Madame Laverdac abrió la cartera, que no contenía más que cartas sin importancia firmadas por amigos ó conocidos. Sólo una de aquellas firmas le chocó, por serle desconocido aquel apellido. Era la de Mortal. Leyó maquinalmente, y tampoco le dió importancia. No se trataba más que de una deuda de juego, de un deudor que reconocía su débito y quería pagarlo.

Madame Laverdac no se fijó en la fecha. Ya iba á tirar la cartera, cuando por una especie de superstición dijo: *No*, y la guardó.

Laverdac había sido encerrado con todos los insurrectos, pobres paletos en su mayoría, que al tener noticia del golpe de Estado se habían armado y tratado de combatirlo. Los presos, aglomerados en aquella cárcel, demasiado pequeña para tantos, se asfixiaban allí, esperando que los fusilasen ó los deportasen. Había también entre ellos algunos alcaldes de pueblo, abogados, notarios y periodistas. La clase media pagaba también su diezmo al nuevo poder. Entre aquella muchedumbre, en que había algunos heridos, Laverdac reconoció á un hombre á quien siempre había admirado sinceramente. Era un médico, uno de esos médicos populares, cuya profunda ciencia estaba siempre al servicio de los pobres. Su historia, muy sencilla y

muy obscura, era toda de afecto, de abnegación y de valor. Se llamaba Pascual Arthet. Había nacido rico, pero se había quedado pobre. Era avaro para sí, pero demasiado generoso para los demás, y verdaderamente pródigo para los pobres.

Buen mozo, elegante y hermoso, lo había sacrificado todo, su juventud, su fortuna y su sonriente porvenir, á la causa que le agradaba: á la revolución. Aquella vida sin tacha causaba admiración á sus mismos enemigos.

Al verle Laverdac, le dijo:

—¿Cómo? ¡vos aquí, Arthet!..... ¡vos preso!

—El día que se viola la ley—dijo Arthet—es lógico que sufran los que la respetan.

—Yo os creía en París.....

—Allí estaba, pero á la primera noticia del golpe de Estado me vine aquí á sublevar á mis paisanos, porque lo creía un deber. Se nos ha ametrallado y yo he sido preso; culpable de haber defendido á la República, espero tranquilo la expiación de mi delito. ¿Pero y vos? ¿Os habéis hecho también de los nuestros?

Laverdac le contó lo ocurrido, que le parecía bastante misterioso. Indudablemente había habido algún interés en prenderle, ya que no existía ninguna razón para ello; pero por más que buscaba,

no creía contar ningún enemigo personal entre las gentes constituídas en autoridad.

—Precisamente esa es nuestra fuerza ó nuestra debilidad, la de los disipados y los inútiles—decía Laverdac—que pasamos á través de los sucesos sin mezclarnos en ellos. Porque es indudable que tenemos también nuestra conciencia, pero no grita, sólo murmura: «Esto es sublime, ó esto otro es odioso.» Yo siempre os he envidiado, Arthet; siempre he dicho que si había entre las gentes que he tratado, que no son pocas por cierto, algún ser superior y digno de respeto por su vida rígida y afecta al deber, ése erais vos.

—Sí—respondió sencillamente Arthet—creo haber hecho siempre lo que debía.

—Al menos—continuó Laverdac sonriendo—vos sabéis por qué estáis aquí, en tanto que yo.....

Sus reflexiones hechas al azar, luego las deducciones casi matemáticas, una luz vaga al principio y pronto distinta y clara, toda una serie de pensamientos nacidos de un solo nombre—Daniel Mortal—pusieron poco á poco á Laverdac en la verdadera pista. Recordó sus prevenciones instintivas contra Daniel, cuya vida aventurera conocía en parte; la amistad de éste con el prefecto, la carta que Mortal le había escrito, la deuda que

debía pagarle, y consideró tan ligados entre sí aquellos hechos, sin importancia al parecer y tan ligados al mismo tiempo con su inexplicable prisión, que desde luego los juzgó causa de ella. Y esta idea le hizo reír en el primer momento con esa risa irónica que sube á los labios de los burlescos, á la noticia de una grave cobardía de la especie humana.

—¡Ah! ¡á fe mía—decía Laverdac—que si ese hombre lo ha hecho por tales motivos, ha sido un golpe maestro.

Y pensaba en aquella partida de cartas tan bruscamente saldada por un golpe de Estado.

—¿Qué opináis de esto?—decía Laverdac á Arthet, dándole cuenta de sus pensamientos.

Los caballerescos instintos de Arthet repugnaban dar crédito á tales infamias.

—Con el tiempo os convenceréis de que he acertado—repetía Laverdac.

La opinión pública empezó también á preocuparse del asunto, y todo el mundo convino al poco tiempo en que aquel marsellés sospechoso que perdía doscientos mil francos en una noche y que acompañaba al prefecto en todas sus excursiones, desempeñaba un importante papel en la prisión de Laverdac.

Los más curiosos llegaron á preguntar á madame Laverdac si tenía noticias de una deuda de juego de gran importancia, pagada recientemente á su marido por un desconocido al que no nombraban por no comprometerse. Madame Laverdac contestaba que nada sabía, lo que nada tenía de particular, dado el carácter de su marido y lo embrollados que estaban sus asuntos. Pero de todos modos aparecía claro que la deuda no se había pagado.

El registro efectuado en la casa del preso y dirigido por Mortal era una prueba más contra éste.

Laverdac esperaba que llegaría el día en que los juzgasen, y que entonces podría averiguar si eran ciertas sus sospechas.

Pero no sucedió así. Los formaron en columna, atados de dos en dos y ligados todos por una cadena común, y los condujeron á Tolón custodiados por un piquete de gendarmes.

Laverdac suplicó que le dejaran escribir ó volver á ver á su mujer y dar á ésta y á sus hijos un supremo adiós; pero todo fué inútil. Los hicieron salir en una brumosa y fría mañana de Diciembre. Laverdac marchaba á la cabeza de la columna y tenía por compañero á Pascual Arthet.

—¡Vamos, vamos, la civilización marcha!—decía aquél á éste con irónica sonrisa.—El mundo

entra en una era de dicha, mi querido Arthet. Es muy agradable este paseito, ¿verdad?

Arthet respondía gravemente:

—¡Qué importa! ¡El derecho es eterno!

La tierra helada de los caminos producía un sonido claro al choque de los talones de los prisioneros y de las herraduras de los caballos de los gendarmes. Aquellas pobres gentes caminaban delante de ellos con las manos hinchadas por el frío y los pies doloridos por la marcha. Algunos se decían maquinalmente: «¿Qué será de mi mujer y de mis hijos?» y se les saltaban las lágrimas. Otros, con la decisión heroica de la burla, cantaban.

Entonces el oficial de la gendarmería espoleaba su caballo, y al llegar junto á ellos con el sable levantado les decía:

—¿Queréis callar, canallas?

La consigna era rígida. El prefecto había dado orden de hacer fuego sobre todo el que pretendiera escaparse ó romper la cadena, y también sobre los que lanzasen, no ya una injuria, sino una queja. Así se les había advertido á los presos, y por tanto sabían lo que les esperaba.

Mortal estaba presente cuando el prefecto había dado todas aquellas órdenes, y más parecía un consejero que un curioso.

Cuando la columna se puso en marcha, Laverdac creyó observar que su adversario de juego designaba al jefe del piquete dos hombres entre aquel rebaño de vencidos: uno era él y otro Pascual Arthet.

Al mediodía les dieron un momento de descanso. Distribuyeron entre ellos pan y agua cogida de un arroyo cercano, del que fué preciso romper el hielo.

Terminada tan frugal comida, les hicieron volver á ponerse en marcha. Tuvieron que subir una escarpada cuesta. Al llegar al alto varias voces pidieron descanso, pero no se les concedió.

Al volver á bajar la cuesta, Laverdac y Arthet, impulsados por el peso del resto de la columna, que sin querer y siguiendo el declive del terreno, marchaba más deprisa que antes, tuvieron que echar á correr. Los que venían detrás los forzaban inconscientemente á ello.

—¡Ah!—exclamó el comandante.—¡Si querrán escaparse esos animales!

Y espoleando violentamente á su caballo, se colocó á la cabeza de la columna y la hizo detenerse.

—Qué, ¿presumis acaso que vais á escaparos?—dijo.

—No—contestó Laverdac.—¿Y cómo habíamos de intentarlo estando atados?

—Atados como merecéis—replicó el comandante.—Pero tenéis los pies libres y podríais intentar manejarlos hábilmente. Ahora bien; os aseguro bajo mi palabra que si volvéis á trotar así, ejecuto sin pestañear las órdenes recibidas y os mato como á perros.

—Caballero—dijo Arthet con altanera ironía—corremos porque nos obligan á ello, porque nos arrastra la presión de los que vienen detrás. No pretendemos huir. Creemos que se nos juzgará y se nos aplicará el castigo que crean que hemos merecido; pero si vos deseáis acabar pronto y á vuestro gusto, mandad hacer fuego. Es asunto que sólo tenéis que arreglar con vuestra conciencia.

—Pues bien—dijo el jefe;—corran ustedes otra vez, y verán lo que les espera.

Los gendarmes, colocados á los lados de la columna, callaban y miraban á su jefe con expresión de extrañeza y de miedo y con piedad á los infelices á quienes se veían forzados á conducir.

La columna volvió á ponerse en marcha. La cuesta se hacía cada vez más rápida, y por más que los que marchaban delante procuraran conte-

nerse, se veían obligados, impulsados irresistiblemente á correr por la presión de sus compañeros de cadena.

Arther y Laverdac hacían esfuerzos terribles para resistir el peso de centenares de hombres; pero por más que procuraban clavar sus pies al suelo, sus rígidas piernas tomaban ese paso activo que cada nuevo movimiento acelera más y más.

El comandante exclamó: «Rayos y truenos», y sacando una pistola del arzón, corrió en línea recta hacia la cabeza de la columna después de alzar el gatillo.

—¡Ya os lo he advertido!—gritó.

Y dirigiendo el cañón de la pistola hacia Laverdac, hizo fuego sobre él á boca de jarro. El cerebro del infeliz saltó en mil pedazos.

Un grito de horror, un feroz movimiento de retroceso y de furor salvaje hicieron estremecerse de un extremo á otro á aquella columna de hombres desarmados. Pascual Arthet, atrozmente pálido, se mantuvo rígido, mirando con profunda indignación al que acababa de disparar.

La pistola del comandante humeaba aún. Los vestidos y hasta el rostro de Arthet estaban salpicados de fragmentos de cerebro. Laverdac col-

gaba inerte de aquella cadena atada al brazo de su compañero. Su cráneo destrozado formaba sobre la helada tierra un mar siniestro de sangre mezclada con materia cerebral.

Arthet, esperando la muerte, miraba al soldado con muda sonrisa que expresaba el más supremo desprecio.

Pero parecía que aquel cadáver bastaba á su verdugo, que se volvió con el rostro congestionado hacia la columna, de la que salían horribles gritos.

—¡Si gruñís—dijo—os sucederá lo mismo!

Los gendarmes estaban pálidos y temblando de vergüenza.

Un sordo murmullo respondió á aquella nueva amenaza, y luego aquella gente aniquilada, debilitada por la prisión, quedó silenciosa, sombría, muda, en tanto que desataban el cadáver del brazo del vivo, y que después de discutir si le arrojarían á un foso que había en el borde del camino, decidían llevarle en un furgón que seguía al convoy.

Arthet, libre entonces en sus movimientos, trataba de enjugar la sangre de Laverdac que le había saltado al rostro, cuando el comandante le dijo:

—¡Y usted tenga cuidado! ¡Sobre usted he debido disparar!

—Más valía que lo hubierais hecho así—respondió Arthet.

—¿Como? ¿aun reclamationes algo?

—Sí; vuestro nombre para castigaros en cuanto esté libre.

El comandante, furioso, iba á desenvainar su sable; pero uno de sus hombres, un simple soldado, le dijo con gravedad:

—¡Otro aún! no, os lo ruego mi comandante; nos van á tomar por verdugos.

—Ocupaos de vuestros asuntos, Barin—dijo el jefe.

Lanzó una blasfemia, dió orden de avanzar, y siguió á la columna mascullando palabras de cólera.

Pascual Arthet se había salvado. Se había librado de la muerte, pero no de la prisión, en la que permaneció muchos años.

Cuando se vió libre, su primer acto fué enviar sus padrinos al hombre que mandaba la escolta de los presos, al que había disparado sobre Lavardac.

El duelo se efectuó en Bélgica, y el comandante, que había ascendido ya á coronel, recibió un balazo que le atravesó el pulmón derecho, de cuya herida no llegó á curar completamente, muriendo

dos años después en Vichy, donde había ido á tomar las aguas.

Esto ocurría en 1861. Daniel Mortal se había convertido durante aquellos diez años en lo que se llama un personaje. Había comprendido perfectamente la época, y no había habido negocio sucio ni golpe de mano en que él no tomase parte. Despreciaba los honores, porque no quería la apariencia del poderío, sino el poderío efectivo. Decía con frecuencia en las comilonas, en la Bolsa, hasta en el despacho de sus amigos convertidos en Ministros:

—¡El dinero es el único soberano! Los banqueros tienen hoy un cetro que vale lo que todos los cetros de otros tiempos: su arca. Los emperadores y los reyes no pueden sostenerse más que á fuerza de empréstitos. Cualquiera negociante de mala ley se convierte en acreedor de un Estado, y un banquero de Francfort es más poderoso que toda la Prusia, armada hasta los dientes. Si doce ó quince judíos, que tienen en sus manos la fortuna de Europa, se deciden á mantener la paz, es bien seguro que no volverá á dispararse un tiro. Las revoluciones modernas presentan á mis ojos el aspecto de un alguacil presentando una providencia de desahucio. Si el Gobierno no tiene fondos, se acabó. ¡Le ponen los muebles en la calle!

Y firme en estas ideas, Mortal había preferido enriquecerse, en tanto que otros jugaban á los funcionarios, á los legisladores y á los consejeros de Estado.

Su ambición era tan grande como exigua su escrupulosidad en los medios. Había hecho y tratado los negocios de Bolsa como trataba los de honor y los de sentimientos y afectos; á lo filibustero. Al mismo tiempo que embrollaba así los negocios, dirigía un periódico político.

Sin escribir en él, sin que para nada apareciese su nombre, y sólo en su calidad de primer accionista, él era quien aconsejaba y dictaba polémicas injuriosas, exigiendo que todos los que combatían á su lado, no por sus ideas, sino por sus intereses, tuviesen, en cierto modo, por mango de su pluma el puño de una espada. Decía con frecuencia:

—Una estocada dada ó recibida da más notoriedad á un hombre que tres obras maestras.

Por lo demás, Mortal no veía en el periódico más que un medio de hacer más seguras sus jugadas de Bolsa y menos dudosas sus operaciones.

A pesar de presentarse con verdadero cinismo respecto á sus propósitos, procuraba conservar su aspecto elegante y su finura de modales. Su conversación era animada y alegre casi siempre; pero

bajo aquellas formas correctas y fascinadoras se adivinaban rudezas y resoluciones feroces. Bajo su negro frac de hombre del gran mundo, Mortal continuaba siendo el duelista de Marsella y el capitán de bandidos de Río Grande.

Su renombre de buen tirador de armas había contribuido no poco á darle profunda autoridad en las diversas clases sociales en que paseaba su insolente personalidad: en el mundo de los negocios, en el de la política y en el del periodismo. En París esta superioridad tiene también su precio.

Había, pues, conseguido su objeto. Era rico, poderoso, y más que respetado, puesto que era temido. Saboreaba esta envidiable posición como se respira una brisa agradable. Se daba la buena vida de la *high life* parisiense. Se bañaba al levantarse, almorzaba en el Inglés, fumaba un Londres paseándose por el asfalto, é iba en su carruaje á la Bolsa, y algunas veces á la casa en que se hallaba la redacción del periódico; daba una vuelta por el Bosque, saludaba á algún cómplice con la punta de los dedos ó á alguna entretenida con un guiño; volvía á su casa, se hacía vestir de nuevo, comía é iba á encerrarse en algún palco de un teatro ó á bostezar en el *foyer* de la Ópera. Luego se iba al círculo y jugaba hasta las tres ó las cuatro de la

madrugada, ó bien asistía breves momentos á alguna recepción de ministros ó embajadores. Iba á la sala de armas cuatro veces por semana, y era el rey de los tiradores. Lo mismo tiraba con arreglo á la moda clásica y correcta que siguiendo la escuela italiana.

Durante el verano tomaba aguas minerales en algún establecimiento de los Pirineos ó en Baden. En los Pirineos jugaba á la pelota con los vascos y cazaba osos. No volvió, sin embargo, por allí desde que un día, en el Casino de un establecimiento de baños, le preguntaron si sabía lo que había sido de madame Laverdac y de su hijo.

—No sé nada —respondió Mortal. — Pues qué, ¿han abandonado el país?

—Sí; se marcharon en 1851.

El apellido Laverdac sonaba mal en los oídos de Daniel. Desde entonces frecuentaba las aguas de Alemania.

IV.

Un matrimonio parisién.

No fué, sin embargo, allí, sino en Enghien, donde Daniel Mortal encontró, impulsado por la casualidad y de la manera más prosaica, á la que

había, no ya de transformar aquella naturaleza refractaria, pero sí de cambiar su existencia y llamarse con el tiempo la señora de Mortal.

Era una joven de buena familia, aunque muy pobre, que había ido allí á acompañar á su padre, al que habían recetado las aguas sulfurosas para una enfermedad que padecía en la laringe. Como no era rico, había escogido el establecimiento de aguas sulfurosas más próximo á París, y consumía en Enghien sus últimos recursos, los despojos de una fortuna derrochada.

—Comprenderás que es muy necesario que me cure —decía con tono medroso y egoísta á su hija.

Se llamaba M. de Chaunes, y había contribuido á arruinarle su afición al lujo y á los caballos. Había sido muy amante de las carreras de caballos, y hecho apuestas de consideración en las luchas entre los de pura sangre inglesa y los limosinos franceses. La dote de su mujer, sus bienes personales y cuantos recursos había encontrado, habían ido á parar á la sima que para su fortuna abrían estas aficiones. Anciano ya entonces, y más que anciano gastado, M. de Chaunes no tenía ya más que una pasión, cuyo objeto, muy respetable en verdad, era él mismo. No quería en